

ROSAS QUE NO FLORECEN

M^a Carmen Gil del Pino
Profesora de Universidad
Universidad de Córdoba
Marzo/04

Permíteme, ¡oh gran poeta!, ya que nos unen sierras, torres, muro y río, servirme del romance más bello y más amargo. Bien sabes que no tendría el atrevimiento, si el fin que me guía no lo mereciera. Ayúdame a contar, ¡oh grande!, lo que siento y lo que debo, pues no hallo palabras para hacerlo ¡Oh, ven a mí! Tendrás tu recompensa –también Ovidio- si algún lector de lo que torpemente escribo, indignado por yo ultrajar tus versos, a tus límpidas fuentes va a beberlos.

Tisbe y Píramo eran dos jóvenes babilonios que se amaban por encima de todo, pero sufrían el peor suplicio que pueden sufrir los amantes: estar cerca, muy cerca –vivían en casas contiguas, sólo un muro los separaba-, y saber que su amor era prohibido.

Un día, buscando una solución a su tortura –el amor siempre hace que los amantes la busquen-, se citaron a las afueras de la ciudad, junto a la tumba del rey Nino. Quiso el cielo que llegase Tisbe primero y que una leona, babeando la sangre de su última víctima, se acercase a beber al manantial que había junto a la tumba. La joven, temerosa de la fiera, huyó a toda prisa. Tan veloz fue su huída que perdió, en un fatal descuido, el manto en el que se envolvía. La leona, tras beber el agua fresca del manantial, destrozó y ensangrentó la prenda de Tisbe.

Cuando Píramo llegó a reunirse con su amada, sólo encontró su desgarrado velo. Pensando que había muerto, y deseando por encima de todo estar con ella, en la vida o en la muerte, ¡qué importa ese detalle a un amante que experimenta la infinitud del amor!, se atraviesa el pecho con la espada. Acude Tisbe a tiempo de ofrecer su regazo al moribundo Píramo, y sus labios cálidos como lecho de muerte de un expirante beso. Luego, serena, se deja caer sobre el amado para clavarse la porción de acero que sobresalía de su ya inerte cuerpo. Y así, muy juntos, abandonan este mundo y se disponen a amarse por toda la eternidad.

*¡Qué triste escena: amor y muerte frente a frente! ¡Valiente amor!
¡Cobarde muerte! ¡Qué lucha más extraña: triunfa el amor, la muerte
vence!*

Pero he aquí que al cabo de los años pude presenciar un drama parecido. Dos jóvenes alumnos míos vivían el amor más tierno y puro que nadie puede imaginar. Volaban confiados sobre un aire ebrio de aromas, risas y colores. Sus cuerpos y sus almas morían de placer al compás del galope desbocado de la sangre adolescente.

Mas un día de esos en que el horizonte se enturbia unos momentos, aprovechó el destino, siempre tan atento, para desatar su plan malévolos. El joven enfermó. Y ella, que lo amaba tanto, que lo soñaba en cada sueño y no podía tenerse sin sus besos, enfermó también; hasta que el alba breve de fuego se tornó noche eterna de hielo. Y no pudieron vivir el más limpio y dulce de los sueños.

*¡Oh gran poeta de la patria mía, nunca merezcan tus presentes
ojos, ver el muro y las torres este día, ni tu incansable pluma, versar el
duelo del gran río de Andalucía!*

Y yo, que estaba allí, junto a ellos, no hice nada para salvarlos. Pude advertirles de los peligros de la droga, mas no lo hice. Pude enseñarles a leer y a escribir el mundo, a denominar sus problemas, su realidad, pero estaba ocupada en la página veinte del libro lectura, desgajando palabras de los textos para que contaran las sílabas, y en la cincuenta del libro de matemáticas, explicándoles cuánto pastel es tres cuartos, y si es más o menos que dos quintos.

Y luego hubo más Píramos, muchos más Píramos, a los que tampoco salvé, como el que quería ser poeta y yo no desplegué ante él todo un universo de palabras para que pudiera serlo, ni lo hice vibrar con los versos de Garcilaso, ni estremecerse en las cálidas noches de luna llena. Estaba empeñada en que leyera y escribiera “mi mamá me mima” y “papá fuma la pipa”.

Dejé que este Píramo perdiera algo infinitamente más valioso que su vida -el deseo de vivir- y algo también infinitamente más valioso que sus sueños -las ansias de soñar y su capacidad de hacerlo-. Y no hice nada para impedirlo, sólo llorar, aún lloro, pero lloro también, y sobre todo, por no poder leer los versos que el poeta que no fue hubiese escrito de los amantes que no pudieron serlo.

Y heme aquí, ¡oh grande entre los grandes!, implorando el perdón de los dioses, quienes me han arrojado del maravilloso jardín en que me hallaba, condenándome a creer en mí, que nada soy, a tener mucho que contar sin disponer de palabras ni de arrojo para hacerlo, y a vagar por el mundo hasta hallar un remedio que pueda consolarme.

Y cansada de vagar, vengo por ver si el remedio que he encontrado les satisface, y es proclamar mi culpa con lo que sólo puedo -alma y miedo-, y morar ahora en este otro paraje, un jardín en el que se cultivan jardineros, para susurrales al oído suavemente el gran secreto de las rosas, que de puro sencillo es de difícil entendimiento: dejarlas que florezcan, sólo eso.

Estremece a los dioses con un verso, por el excelso muro que nos ata, pues alimenta tu memoria y mis desvelos, y ruégales que permitan, si cumplo todo esto, que a mi jardín regrese. Diles que por verdecer me muero.